

Fecha 08.12.2009	Sección Primera-Opinión	Página 23
----------------------------	-----------------------------------	---------------------

Basta de buenas intenciones

ALBERTO AZIZ NASSIF

Ahora que llegó a la mitad del sexenio, Felipe Calderón desentierra su mensaje sobre el Tercer Informe de gobierno y enumera a vuelo de pájaro su objetivo de proponer un conjunto de reformas políticas. El recurso ya se encuentra desgastado, cada vez que quiere recuperar algo de la legitimidad perdida formula algún tipo de reforma. Calderón se ha vuelto un especialista en el discurso de las buenas intenciones. Después de que perdió las elecciones intermedias y tiene minoría en la Cámara de diputados, y cuando la mitad del país lo desapruueba, habla de reformas. Desde hace algunas semanas ha decidido adoptar un discurso reformador. Por ejemplo, frente al auditor de la federación estableció la necesidad de una mayor fiscalización para los partidos políticos, así de pronto y sin mayor repercusión. Otra vez se le ocurrió decir que él era un presidente que no quería pasar a la historia como un personaje más, sino dejar huella.

Las últimas ocurrencias, por llamarlas de alguna forma hasta no ver las iniciativas de ley, fueron en el mensaje que pronunció con motivo de la mitad de su sexenio. Después de haber perdido en su proyecto fiscal y de los reacomodos presupuestales que salieron al gusto y necesidad del PRI, Calderón vuelve a hablar de la conveniencia de discutir otra vez una reforma fiscal. El tema no termina nunca, entre otras cosas, porque cada año se hacen pequeños ajustes que sólo duran 365 días. Estamos frente a un Estado sin capacidad fiscal y sin posibilidad de hacer cambios para el mediano y largo plazo, lo cual desgasta y convierte cualquier planeación de políticas públicas en un ejercicio de incertidumbre permanente. De la misma forma sucede con la reforma de Pemex, como lo aprobado no sirvió para mucho, ahora Calderón dice que volverá a proponer una "reforma de segunda generación para fortalecer la industria petrolera". Otro tanto sucede con las telecomunicaciones, sobre lo que anuncia cambios para cubrir convergencia tecnológica, licitar redes de fibra óptica (uno de los motivos de fondo del cierre de Luz y Fuerza del Centro), y una mayor competitividad. La disyuntiva parece ser entre impulsar una reforma que pueda regular a los poderes fá-

cticos de la radio y la televisión, así como a las nuevas tecnologías, o simplemente redistribuir el negocio con los mismos jugadores. Entre seguir con un Estado capturado y complaciente, como sucede hoy en día, o tener un Estado regulador en serio.

Como una simple enumeración Calderón también habló de otras reformas, como la regulatoria, en donde se pretende eliminar normas inútiles. También mencionó una reforma laboral, cuyo único contenido parecer ser una abierta flexibilización de las condiciones de trabajo, pero no dijo una sola palabra sobre la seguridad social y los derechos. En el paquete de seguridad pública retomó el proyecto de centralización de las policías municipales en cuerpos estatales.

Al final dejó la reforma política, sobre la que sólo enunció los temas: reelección de legisladores y de alcaldes; reducción del Congreso; iniciativa preferente; referéndum; y cambios a la figura de veto, mecanismo que necesita ajustes, como establecer el veto parcial. No faltaron las frases ambiguas sobre la necesidad de garantizar la equidad electoral, pero no explicitó ningún contenido. La promesa es que para el próximo periodo ordinario de sesiones se harán las propuestas reformadoras. Felipe Calderón sabe que necesita hacer amarres con el PRI si quiere sacar adelante cualquier reforma. Sabe que su presidencia necesita empujar reformas importantes, pero, al mismo tiempo, debe saber que no tiene los recursos, las alianzas, ni los votos necesarios para encabezar una coalición gobernante que impulse las reformas. En suma, se trata de un planteamiento similar al decálogo del 2 de septiembre, con la diferencia de que ahora se mencionan algunas especificidades más sobre las reformas políticas, principalmente la reelección y la reducción del Congreso. Habrá que esperar a los proyectos de ley, pero ya se puede adelantar que cada reforma será procesada dentro de un espacio minado por los grandes intereses, los que defienden los partidos, las televisoras, los sindicatos, los empresarios, etcétera. En suma, lo más probable es que el discurso de la reforma seguirá siendo un verbo de buenas intenciones para recuperar algo de la legitimidad perdida, pero sus resultados serán completamente deficitarios. ¿Cuándo terminarán las buenas intenciones y empezarán las reformas en serio?

Investigador del CIESAS

